

art buchwald

LAS ESPOSAS DE LOS MINISTROS

WASHINGTON.—La idea de que las esposas de los miembros del gabinete de Nixon acompañen a sus maridos a las reuniones del mismo, puede tener muchas virtudes, pero también sus inconvenientes. Aunque nada especial ocurriera en las reuniones, odiaría ser miembro del gabinete al regresar a casa por la noche.

—Desde luego —dice la esposa del ministro— no se puede decir que hayas abierto la boca en la reunión.

—Pero, querida, el Presidente no pidió que hablara.

—¿Y puedo preguntarte por qué no te consultó? Tu departamento es tan importante como cualquier otro. Me sentía tan ridícula, al verte sentado allí, sin decir nada...

—Pero otros días, yo soy el que hablo todo el tiempo. Última que llegaste en un mal momento.

—¡Vaya una historia! No estoy segura de que el Presidente sepa siquiera lo que estás haciendo. Por lo menos podrías haber leído un informe, o algo así. Si tú no tienes orgullo, yo sí lo tengo.

—Estás exagerando. Muchos de mis colegas no dijeron nada tampoco. Sólo se dedica un tiempo determinado a las reuniones del gabinete y tenemos que discutir aquello que le interesa especialmente al Presidente.

—¿Viste lo ancha que se ponía la señora Laird cuando su esposo estaba explicando la capacidad nuclear de los rusos? ¿Y viste la reacción de la señora Rogers cuando su marido dijo que no creía que los rusos se propusieran realmente usar su capacidad nuclear? Entre tanto, yo estaba allí sentada, como una muñeca.

—Mira, creo que tienes una idea completamente equivocada de lo que son las reuniones ministeriales. El presidente os invitó simplemente para que os hagáis idea del trabajo de vuestros esposos. Yo creí que te interesaría...

—Sí, si hubiera sabido qué es lo que haces realmente. Pero que yo sepa, la única contribución tuya fue verter un vaso de agua cuando el secretario del Tesoro leía su informe.

—Querida, eso fue un accidente. Bob Finch también regó el agua y su esposa no se enojó.

—Me enfadé cuando vi que ni siquiera se mencionaba el accidente; esa es la atención que te prestan.

—Eres demasiado sensible, mujer. Todo el mundo sabe cuál es mi labor.

—Entonces, ¿por qué se me quedó mirando la señora Nixon, como si no me conociera?

—Por supuesto que sabe quién eres. Estabas sentada a mi lado, ¿no es así?

—Pero tal vez ella no sabía quién eres.

—Vamos, no creí que lo ibas a tomar tan en serio. La intención de la reunión no era demostrarnos recíprocamente lo brillante que somos. Estábamos dirigiendo los asuntos de la nación, simplemente.

—Pero podrías haber dicho algo sobre la inflación...

—También podría haber dicho algo sobre el Oriente Medio y los proyectiles dirigidos, pero, ¿con qué objeto?

—Por lo menos habrías conseguido que la señora Agnew se diera cuenta de tu presencia.

—Francamente, creí que la reunión había quedado muy bien...

—Bueno, puedes decir lo que quieras, pero yo no voy a asistir a ninguna de esas reuniones hasta que tenga la seguridad de que vas a hablar.

—Pero, ¿de qué?

—Para pedirle al Presidente otro vaso de agua fresca, si no tienes otra cosa que decir.

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

cales otros tributos que experimenten un menor grado de flexibilidad, una mayor insuficiencia y, en general, una evolución tan raquítica. En cuanto a la equidad del impuesto, basta recordar que, dado que la totalidad de las pequeñas explotaciones están exentas del tributo y que la mayor parte de las medianas no están sujetas a la cuota proporcional, son las grandes

explotaciones las que se benefician de esta situación. Una vez más —tal como ocurre en el ámbito de la política de precios agrícolas—, bajo el viejo pretexto de la crisis agrícola y de la ayuda al pequeño campesino, los grandes terratenientes son los más directamente beneficiados de una situación que empieza a rebasar todos los límites previsibles. ■ A. L. M.

EVOLUCION DE LOS INGRESOS POR LA CONTRIBUCION TERRITORIAL RUSTICA

	Recaudación por la Contribución Rústica	Presión fiscal (porcentaje sobre el valor añadido por la Agricultura)
1960	1.382,3	10,5
1961	1.384,0	9,4
1962	1.383,8	8,2
1963	1.349,7	6,9
1964	1.366,4	7,7
1965	1.344,9	6,6
1966	913,1	4,0
1967	907,7	3,9
1968	927,1	3,6

Fuente: Ministerio de Hacienda y C. N. E.

LIBROS



«El atajo», de A. Sarrazin

El fenómeno Sarrazin, ¿sólo es posible en Francia? Bien se sabe que el clima cultural francés encierra excepcionales potencialidades que, desplegadas, integran, absorben y digieren sin dificultad toda creación intelectual digna de consideración. El de Albertine es, ciertamente, un fenómeno marginal que surge apartado de las corrientes tradicionales, que no puede encasillarse, que es singular, único; otras culturas acaso lo desdicharían o le otorgarían un valor puramente sensacionalista. La francesa, sin embargo, lo incorpora sin trabajo, lo eleva hasta su justo nivel y lo asimila para situarlo en el lugar que le corresponde, que brando toda la esclerosis académica que pudiera oponerse a la operación.

No, no es una obra académica la de Albertine Sarrazin. Sus tres novelas —«El astrágalo», «La fuga» y, la última, «El atajo», que acaba de aparecer en castellano (Editorial Lumen, Colección Palabra en el tiempo)— constituyen el relato, apasionado unas veces, minucioso en exceso otras, siempre desbordante, irrespetuoso con los límites que la preceptiva impone —esto supone un elogio en la mayor parte de las ocasiones en que se produce—, exaltado, formulado como una requisitoria contra la sociedad. Este alegato continuado, encarnado en su propia persona y corlado prematuramente por un desgraciado accidente clínico al mismo tiempo que la vida de la infortunada Albertine, nos autoriza a examinarlo como tal, porque la autora nunca esconde su propósito, y enton-

ces lo vemos situado en un punto polar con relación a la literatura francesa de masas, que tiene en François Sagan a su mejor representante. Aquí en estas ardientes páginas de «El atajo», sería inútil buscar bella literatura ni tratar de adivinar tras ellas una noción esteticista del arte, una concepción del mundo conformista, una visión del contorno que reclame nuestra adecuación a las cosas tal como son. Por el contrario, si existe una literatura de protesta, el legado de la Sarrazin hay que instalarlo en su vanguardia. Esta rebelde, defendiéndose con uñas y dientes en plena selva, entre lobos de todos los pelajes, criatura marginada y marginada, nunca se desespera; lucha con todas sus fuerzas para no ahogarse, para evitar que la devoren, que la arrastre la corriente, que el absurdo la domine. Se resiste a la domesticación de la sociedad de consumo, a la pura encarnación de la «enragee» un sostenido grito contra la opresión que sufre el que se siente y se con prueba fuera de juego. Una sinceridad de este calibre se advierte muy pocas veces: «Si he preferido ser escritor es porque he querido ser conocido en mi distrito, en mi continente, por que he querido superar mi nada, mi desdichas y mi muerte, porque así no ser queda modificado y me sobrevivir a mí misma; y más allá de los derechos de autor veo el derecho del autor el derecho a robar en el ámbito de la vida de las gentes, el derecho a robarles un poco de su historia, un poco de sus recuerdos, el derecho a recuperar algo del inmenso montón de palabras perdidas en el aire, de existencias ignoradas». Albertine Sarrazin escribe grito, porque quiere afirmarse a sí misma en medio de un mundo que la desconoce, la desprecia, la encierra o la arroja fuera de sus coordenadas crueles.

Inconformista, rebelde hasta el fin anarquizante, protestataria, sabia en la superación de su propio delirio de esperado, su palabra es un eco —o un expresión— de la que podrían pronunciarse todos los desplazados, todos los «condenados de la Tierra», los humillados y ofendidos, porque cuenta sus propias humillaciones, porque cuenta, en todas sus dimensiones, la historia de la ofensa que ha recibido. Y reclama con poderosa fuerza su derecho a ser reconocida como ser humano a través de su imagen de escritora. Ciertamente, ha ganado la partida.

y su obra sus tres «novelas», son útiles sin ella proponérselo, sin ninguna clase de «compromiso», porque es ella misma encarnada en lo que escribe, y con ella pueden identificarse millares, millones de seres humanos, todos los que experimentan, día a día, la crueldad de otros, todos los que sufren injusticias. ■ E. G. R.



Kibutz e Imperialismo

Francisco J. Carrillo conoce a fondo el problema palestino. Lo abordó, en un principio, desde el ángulo israelí, cuando estudió sobre el terreno la estructura agraria del nuevo estado. Poeta y periodista, Carrillo ha desarrollado en los últimos años una extensa labor, alguno de cuyos resultados he-

mos examinado aquí anteriormente. Ahora ha vuelto a adentrarse en su tema favorito, el árabe-israelí, en un libro de enorme interés para el preocupado por este problema, pues, aparte de defender unas tesis que revisan en profundidad toda la postura inicial del autor y exponer con estricta objetividad los terminos en que hoy se plantea el conflicto palestino, poniendo de relieve las razones que asisten a los guerrilleros anti-sionistas en su lucha contra las tropas de Dayan, recoge los más importantes documentos relativos a la cuestión israelí, incluidos algunos de la organización Al-Fatah, la más importante de las que operan dentro del territorio controlado por los judíos. Este libro, «Sionismo y Comunas y nueva estrategia en Oriente Medio» (Ediciones de Cultura Popular, Barcelona), se halla encabezado por un prólogo del profesor Maxime Rodinson, de la Escuela Práctica de Altos Estudios de la Sorbona, donde Carrillo se está especializando actualmente. El problema israelí aparece descrito con gran sencillez y amenidad en el texto de Francisco J. Carrillo, quien reconoce con ejemplar honestidad intelectual el giro copernicano que han experimentado sus puntos de vista respecto a la temática centrada en la permanente guerra de Oriente Medio. Su análisis clarifica los términos político-ideológicos de la para muchos confusa dialéctica israelo-árabe, siempre interterrida por posturas apriorísticas y generalmente sentimentales.

CANNES 69

Notas a la mitad de un Festival no contestado

Unas horas después del envío de esta primera crónica se proyectará la película española a concurso: «España otra vez», de Jaime Camino. El realizador pasará apenas unas horas en Cannes, ya que se encuentra rodando en Mallorca su película sobre Georges Sand y Chopin, con Lucía Bosé al frente del reparto. De la acogida del film hablaré en mi próximo envío. Del film en sí mismo ya lo hice en estas mismas páginas con ocasión de su estreno en Madrid. Hasta ahora, mediado el certamen, una sola obra absolutamente extraordinaria, digna sin duda de alcanzar el Gran Premio sean cuales sean las sorpresas que aún pueda reservar el programa: «Antonio das Mortes», de Glauber Rocha, autor de «Dios y el diablo en la Tierra del Sol». Obra excepcional, riquísima, modelo para una cinematografía del Tercer Mundo, sobre la que, dada su importancia, me ocuparé por separado. Fuera del pro-

grama oficial; otro descubrimiento, el de «Diario del ladrón de Shinjuku», de Nagisa Oshima, que ya el año pasado había llamado poderosamente la atención con «El ahorcamiento». Luego, la habitual sucesión de obras en las que la calidad sin sorpresas alterna con la decepción, el entusiasmo mitigado con la irritación.

Cannes, este año, ofrece, si no una calidad excepcional, sí una cantidad de proyecciones, interesantes «a priori» la mayoría de ellas, hasta ahora igualada. Aproximadamente una treintena de films diferentes se proyectan cada día en las diferentes salas que, dentro y fuera del Palacio, están a disposición del Festival. Concurso, Semana de la Crítica, Mercado del Film, Jornadas Nacionales y Proyecciones Independientes se unen a la Quincena de los Realizadores o del Cinema en Libertad que supone la conquista más concreta de los «contestadores» de



«Antonio das Mortes», de Glauber Rocha (Brasil).

mayo del año pasado y en la que, a razón de cinco sesiones diarias —la última a medianoche— se proyectan, gratuitamente, en sesiones a las que todo el mundo tiene acceso, films «de autor» de diferentes países, entre los cuales figuran muchos de los más interesantes programados durante estas exhaustivas semanas. Evidentemente, se impone una selección. Un sencillo cálculo matemático revela la imposibilidad, aun privándose de comer y dormir, de visionar la totalidad del material exhibido. En muchos casos, la selección se opera por sí misma. En otros, hay que correr el albur del error, arriesgarse a perder una obra de un interés relativo pero seguro para asistir a la proyección de otra que igual puede ser extraordinaria que no ofrecer el menor aliciente. En todo caso, y aunque pueden ponerse defectos a un horario no sólo sobrecargado, sino en ocasiones irracional, no cabe duda de que la experiencia es apasionante y, para quien viene de un país donde el hambre cinematográfica sigue siendo grande, agobiadora.

La contestación no parece, hasta ahora, haber tenido otros efectos. En lo esencial de su estructura el Festival sigue siendo el mismo, con sus premios, su subordinación a los intereses de los productores y, en un terreno más anecdótico, sus «pompas y vanidades» traducidas en la exigencia del «smoking» y los cócteles en la terraza. Las «starlettes» parecen definitivamente arrinconadas y provisionalmente reemplazadas por un fabuloso despliegue de policía cuya inutilidad, hasta el momento, resulta palmaria. El público de las sesiones «de gala» sigue aplaudiendo enfervorecidamente las obras menos interesantes y rechazando, al menos pasivamente, las que realmente aportan algo nuevo. Pero esto, mientras no haya una variación de tipo estructural en la política y orientación de los Festivales, parece algo inevitable.

Del Concurso, como queda dicho, destaca, a muchos codos de distancia, el film brasileño. Ha decepcionado, en cambio, el húngaro de Miklos Jancso, «Ah! Ca ira», al que mientras unos acusan de stalinista otros tachan de fascista sin que haya logrado satisfacer a nadie. Han hecho igualmente la unanimidad, en el sentido opuesto de aceptación sin entusiasmo, el «If», bri-

tánico, de Lindsay Anderson y el «Adalen 31», sueco, de Bo Widerberg, y ha dividido apasionadamente las opiniones el «Dillinger e morto», de Ferreri. El resto de los films hasta ahora proyectados han pasado sin pena ni gloria, y de ellos me ocuparé en la medida en que lo merecen al hacer en el próximo número un análisis de lo ofrecido por las distintas cinematografías nacionales participantes en una u otra sección del certamen.

En lo que se refiere a la Palma de Oro, todas las «quinieles» dan como ganador a «Z», el film de Costa Gavras aún no proyectado, pero que los críticos franceses, naturalmente en mayoría, ya conocen por haber sido exhibido comercialmente. Se trata de una transposición del asesinato de Lambrakis, dirigente político griego, y de un ataque apenas enmascarado al régimen de los coroneles. Si las previsiones se cumplieran, hay que esperar que al menos el Premio Especial del Jurado —puesto que premios hay— vaya al film de Rocha. Aunque, después de lo ocurrido en años anteriores en que el máximo galardón fue a parar a films como «Los paraguas de Cherburgo», «Signore e signori» o «Un hombre y una mujer», pueden esperarse las mayores aberraciones, aun con un Jurado presidido por Luchino Visconti.

No se trata, evidentemente, de multiplicar unos premios que tienden a desaparecer —en los próximos certámenes de Moscú y Venecia parece que no habrá—, pero el hecho es que mientras siga habiéndolos, las recompensas pueden y deben favorecer ante todo a los films que, sin ellas, difícilmente encontrarían una amplia distribución internacional o incluso nacional, mientras que son algo completamente accesorio e incluso inútil para obras que, con o sin ellas, tienen de antemano asegurada una audiencia. Pero, a la hora de la verdad, son muchos y muy poderosos los factores extracineamatográficos —de los políticos a los económicos, pasando por los de orden puramente diplomático— que se ponen en juego para el establecimiento de un Palmareo. Queda, aún, una semana de proyecciones y pueden ocurrir muchas cosas, pueden producirse muchas sorpresas. Pero no es previsible que ninguna de ellas lo sea a escala fundamental. ■ C. S. F.



«Diario del ladrón de Shinjuku», de Nagisa Oshima (Japón).



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Hero Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra, Fiel y Archivo.